



ALFONSO BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGERA

Presidente de la Asociación Católica de Propagandistas
y de la Fundación Universitaria San Pablo CEU.

Hace 24 años Alfonso Coronel de Palma me encargó poner en marcha estos congresos de Católicos y Vida Pública, y fui el primer director de ellos, como recordarán los viejos del lugar, y Lydia fue, desde ese primer congreso, una persona absolutamente clave para su puesta en marcha, para su éxito, para su buen funcionamiento, una cooperación o estar absolutamente volcada con la iniciativa, y eso es algo por lo que tenemos que estar siempre agradecidos.

Lydia, naturalmente, encabeza también una minoría creativa, como es la Cruzada de Santa María, que tiene una fantástica labor, y nada más, Lydia, darte las gracias por estar siempre con nosotros a lo largo de estos años, y saber que esta no es solo la casa de tu sobrina, que también lo es, sino que también es tu casa. Muchas gracias siempre.



Presentadora

LIDIA JIMÉNEZ RODRÍGUEZ

Profesora de Periodismo. Universidad CEU San Pablo.

Presidente de la Asociación Católica de Propagandistas, Don Alfonso Bullón de Mendoza, rectora magnífica, Doña Rosa Visiedo, director del Congreso, Don Rafael Sánchez Saus, autoridades eclesíásticas y académicas, profesores amigos de la Facultad de Humanidades, compañeros de prensa, participantes que nos siguen vía *streaming*... Queridas amigas y amigos.

Como nuestro presidente nos tiene acostumbrados a discursos cortos y efectivos –y es de los oradores más celebrados en este tipo de actos– voy a hacer una breve presentación de Lydia Jiménez, directora general del instituto secular Cruzadas de Santa María, que a su vez, cuando yo termine, inaugurará este 24 Congreso de Católicos y Vida Pública.

Lydia Jiménez nació en un frío pueblecito de la Sierra de Gredos, provincia de Ávila, en el seno de una familia profundamente católica. Cuando tuvo edad de ir a la universidad, eligió Pedagogía en la Complutense de Madrid. Vivió en una residencia de estudiantes, en Cuatro Caminos, donde conoció al padre Tomás Morales, jesuita. Al principio se resistía a ir a verlo. No le caía del todo bien en las homilias que le había escuchado. Incluso preguntó a una amiga: “¿Es obligación visitarlo? La amiga respondió: “No es obligación, pero conviene”. Como venía aleccionada por su padre de que debía hacer las cosas “bien”, decidió ir a verlo. Y el padre Morales le soltó, al poco tiempo de conocerla. “Lydia, eres una privilegiada. Debes ayudar a otras chicas que no tienen los recursos que tú tienes. Les darás clase para que también ellas puedan estudiar”. Y así fue. Tras un principio no muy prometedor, todo cambió. “Después me cayó tan bien, que nunca me he separado”, ha reconocido Lydia en alguna ocasión.

El padre Morales la animó a estudiar también Filosofía, una carrera que Lydia pensaba que no tenía buena reputación en aquel momento y menos entre las chicas jóvenes. En esas aulas conoció,

por ejemplo, a Fernando Savater, conocido filósofo con el que tenía, digamos, ciertas diferencias en sus intervenciones de clase, pero también mucho respeto.

Tras un breve paso por la universidad de Valladolid, decidí hacer oposiciones a la cátedra de Instituto en Salamanca. Entonces, en una nueva charla con el padre Morales, este le dijo: “Nunca vas a ser catedrática, Lydia, porque Dios te quiere para dirigir la Cruzada de Santa María, para que seas la madre de todas, las que están y las que vendrán”. Tenía entonces 25 años.

En cuanto se consagró a Dios y, como ella misma dice, quedó completamente en sus manos. “Ya me daba igual donde me mandaran. Me hubiese ido a la Conchinchina, si fuera preciso”, ha comentado. Desde 1971 colaboró estrechamente, hasta el último día, con el padre Morales por lo que es considerada cofundadora de la institución. De hecho, en su pueblito de Gredos, el padre Morales encontró su refugio y pasaba largas temporadas en el albergue de las Cruzadas, su albergue. Muchos paisanos todavía lo recuerdan muy temprano, cruzando la nieve, con determinación, sin fríos ni aspavientos, camino del río Tormes.

Las Cruzadas abrieron su primera casa en Perú en 1986. Desde entonces han fundado en varios países de Europa (Italia, Alemania, Irlanda), América (México, Colombia, Chile, Uruguay, Estados Unidos o Cuba) y también en África, como Camerún.

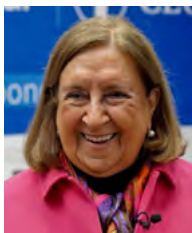
Lydia Jiménez desempeña muchos cargos y reconocimientos, voy a citar, para no alargarme demasiado (como he prometido al principio), he seleccionado algunos. Consultora del Pontificio Consejo de la Familia durante más de diez años; consultora de la congregación para los institutos de vida consagrada, consejera de la cadena COPE, auditora en el Sínodo de los obispos convocado por el Papa Benedicto XVI para la transmisión de la Fe, presidenta de Consejo Directivo de la Universidad Católica de Ávila, cuya rectora magnífica, por cierto, está aquí hoy con nosotros, y hace apenas dos semanas presidenta de la Fundación Universitaria Española (FUE), después de colaborar más 30 años desde su nombramiento por el presidente anterior Antonio Garrigues Díaz Cañavate y su trabajo estrecho con el antiguo rector de la universidad complutense de Madrid, Gustavo Villalpalos.

Para terminar, una mini anécdota que a mí me encanta pero que a ella no le gusta tanto que cuente. Cuando Lydia estudiaba Filosofía asistió a un Congreso sobre Tomás de Aquino en Génova. Cada

participante aportaba su punto de vista. No había muchas chicas y, desde luego, ninguna que levantara la mano. Entonces Lydia lo hizo: dio su opinión contundente y el auditorio se la echó encima. Entonces, un sacerdote polaco, de Cracovia, se incorporó en su asiento y dijo: “la española tiene razón”. Era Karol Wojtyla, el futuro papa Juan Pablo II. Después se vieron muchas más veces, como era de esperar. También con el Papa Benedicto XXI ha tenido encuentros significativos. De hecho, en alguna ocasión, cuando era prefecto de la Congregación Doctrina de la Fe, se hospedó en la casa de las Cruzadas de la calle Juan de Mena de Madrid. Y con el Papa Francisco mantiene una relación muy cercana que yo misma he podido comprobar en algún viaje al que la he acompañado a Roma.

Aunque estos sean datos que puedan impresionar, lo que más impresiona en ella es su calidad humana. Créeme si les digo que he presenciado decenas de situaciones en las que ha mostrado una entereza, una humildad, una capacidad para perdonar y olvidar (de verdad) increíbles.

Yo no sé si Lydia Jiménez siempre tiene razón. Lo que sí sé es que esta mujer, con la que comparto nombre, familia y apellido, es un referente para mí y para muchas mujeres y hombres por su valentía, su entrega absoluta y su ejemplo de vida. Un fuerte aplauso, por favor, para Lydia Jiménez.



Invitada

LYDIA JIMÉNEZ

Directora General Cruzadas de Santa María.

La lengua materna de Europa es el cristianismo
Goethe

1. HEREDEROS DE UN LEGADO

“Proponemos la fe, transmitimos un legado”, es el lema del 24 Congreso de Católicos y Vida Pública. No se trata de mirar al pasado con nostalgia, sino de interpretar una herencia viva que está presente entre nosotros, que nos pide sabiduría para extraer toda la vida que contiene. Una herencia que se convierte en misión porque somos conscientes de la grandeza que hemos recibido.

La herencia cristiana no consiste en cosas materiales que pueden malgastarse sino en el sentido de una vida que nos enseña a vivir. Recibir una herencia significa, en primer lugar, pensar en ella dentro de una historia. La herencia pide responsabilidad, somos continuadores de una historia anterior que debe ser llevada a plenitud. Por ello no testifica solamente el pasado sino que está volcada al futuro, sirve para la vida. No se trata de repetir como letra muerta sino de sacar toda la riqueza que contiene, respondiendo ante los nuevos desafíos.

Como señala el cardenal Cañizares, en el prólogo del libro “Cómo la Iglesia construyó la civilización occidental”¹, hoy el edificio de nuestra civilización, está acosado por enemigos internos y externos. En nombre de una malentendida libertad se pretende erradicar toda influencia de la Iglesia, no ya de la vida pública, sino de la esfera familiar e individual de las personas. Y al mismo tiempo, se niega la posibilidad de que la razón pueda

¹ Th. E. Woods JR, *Cómo la Iglesia construyó la civilización occidental*, prólogo del Cardenal Cañizares, Ciudadela, Madrid 2010.

descubrir una verdad objetiva y, por lo tanto, un orden y una jerarquía moral en la realidad². La Iglesia, experta en humanidad³, defiende la potencialidad de la razón de ir más allá del cálculo o de la estadística. Sin esta capacidad el hombre ignoraría lo principal de sí mismo⁴.

Las universidades, el compromiso con la razón, la argumentación racional y el espíritu de investigación que caracterizan a la vida intelectual de Europa debe mucho a la Iglesia católica, y a la fe cristiana⁵. El concepto del individuo humano como persona, es decir, como síntesis de la vida interior y exterior, con un destino superior, es un concepto elaborado por los filósofos cristianos de la Edad Media, y ha sido decisivo en la cultura y la civilización europea⁶. El mismo pensamiento moderno se apoya firmemente en el pensamiento cristiano, como destaca Dalmacio Negro en su libro “Lo que Europa debe al cristianismo”⁷, cuya relectura es vivamente aconsejable. La crítica a la modernidad no consiste en censurar su confianza en la razón como tal, sino más bien la reducción del concepto de razón, como ha puesto de relieve Ratzinger.

La identidad moral de Europa presupone una historia, y su lengua materna es el cristianismo como dijo Goethe. No es un solar en el que construir como si no existiese nada previo o se hubiese “liberado” radicalmente de su pasado. Sin embargo, los europeos desde la Segunda Guerra Mundial estamos empeñados en rechazar nuestra propia historia, en renunciar a heredarla. Mirando solo al presente nos desentendemos de las posibilidades del futuro. Solo vemos lo que es censurable y destructivo de nuestra propia historia, y no somos capaces de percibir lo que es grande.

2. UN CAMBIO DE ÉPOCA

Romano Guardini –en proceso de beatificación– escribió una obra fundamental, “El ocaso de la Edad moderna”⁸, con la que quería explicar el gran cambio de dirección histórica que se estaba produciendo, un verdadero cambio de época, y señalaba que era una oportunidad para la Iglesia. Estamos todavía en el inicio del proceso –los cambios de época

² J. Ratzinger, *Verdad, valores, poder. Piedras de toque de la sociedad pluralista*, Rialp, Madrid 2000³, p. 85.

³ San Pablo VI, Discurso a los representantes de los Estado, ONU, 4-10-1965, n. 3.

⁴ Cf. Juan Pablo II, Carta enc. *Fides et ratio*, contra la desconfianza en la razón, nn. 83, 55 y 61.

⁵ A. Rouco Varela, “Europa y la fe: la aportación de la Iglesia”, en L. Jiménez (ed.), *Europa del raptó a la audacia de creer*, Fundación Universitaria Española, Madrid 2019, pp. 215-232.

⁶ Cf. D. Negro Pavón, *Lo que Europa debe al cristianismo*, Unión Editorial, Madrid 2004, cuya relectura es vivamente aconsejable.

⁷ Cf. D. Negro Pavón, *Lo que Europa debe al cristianismo*, Unión Editorial, Madrid 2006².

⁸ Cf. R. Guardini, *El ocaso de la Edad Moderna*, Guadarrama, Madrid 1958, primera edición alemana en 1950.

suelen durar unos 150 años– En estas circunstancias lo esencial no es cambiar, sino renovar, generar algo de verdad nuevo. Quedarse en los cambios aparentes es no encontrar la verdadera novedad y, tantas veces, perder el horizonte auténtico del camino abierto al futuro. No se puede innovar históricamente a partir de la nada. Se innova a partir de lo que somos, y nuestra identidad es cristiana.

Hay que evitar la identificación de que cualquier cambio es bueno, hay cosas que sirven para mejorar y otras empeoran. El rasgo distintivo de la modernidad es el ansia de novedades: “Lo nuevo es siempre lo bueno y lo mejor”. El progreso se ha convertido en una especie de dogma político. El lema progresista afirma que “es moral lo que crea el futuro”. La revuelta estudiantil de Mayo del 68 expandió la cultura de la autenticidad (la expresión es de Taylor), sustituyendo la cultura de la verdad por las ideologías y el cientificismo. Ha contribuido a imponer en Europa el clima intelectual y moral de la posmodernidad; cuyos rasgos son el pensamiento débil, y la sustitución de la ética por el sentimentalismo. Se propone una libertad reducida a mera emancipación de vínculos, en definitiva, una pérdida del sentido de la realidad.

En la cultura posmoderna se presenta todo lo cristiano como anclado en el pasado, como si fuese pieza de un museo. Se incide en propagar una sospecha sobre la razón humana en su capacidad de alcanzar la verdad, y en su valor de universalidad entre los hombres⁹. Lo que caracteriza a la posmodernidad es que cualquier referencia a la verdad está excluida; se reduce la verdad a opinión. La cuestión de fondo es la verdad.

“Todas las reglas morales se reducen a una: la verdad” (Goethe). La aceptación de la verdad es lo que da el sentido de la realidad a una cultura y hace posible la libertad: “la verdad os hará libres” (Jn 8, 32). Una confusa ideología de la libertad conduce a un dogmatismo que se revela cada vez más hostil contra la libertad hasta llegar a lo que hoy se llama cultura de la cancelación. La libertad está asociada a una medida, la medida de la realidad, que es la verdad (Ratzinger). Como afirmaba, Dostoievski, en *Los endemoniados*, “Partiendo de la libertad ilimitada se llega fácilmente al despotismo sin límites”.

La propuesta posmoderna ha dado un paso particular y, en coherencia con sus principios, ha inventado el término “posverdad”, que pasa a definirse como una “mentira emotiva”. Se concibe como vivir de apariencias, en una reducción total a opiniones. Se basa en un uso meramente calculador de la razón que no sabe de fines. Basta con que

⁹ Como lo dice explícitamente: G. Vattimo, P. A. Rovatti, *El pensamiento débil*, Cátedra, Madrid 1988.

se siga el procedimiento correcto para que la resolución sea justa. Se abandonan los grandes ideales y se confía el cambio social a la aceptación del procedimiento.

Europa es más que su economía o tecnología, una cultura científica carece de alma. Nuestra cultura actual se jacta de no tener fe y exige excluir toda referencia a lo que no es puramente material y medible. Prevalece una cultura cuantitativa congruente con la masificación, a la que corresponde una ética utilitarista. Actualmente ninguna religión revelada tiene influencia pública en el Occidente europeo. Una fe que se conserva encerrada en la intimidad es incapaz de dirigir realmente la vida. Europa es ante todo, un concepto espiritual y cultural, una civilización. La clave de comprensión de Europa, como la de cualquier cultura o civilización, es la religión.

La cultura necesita una dimensión religiosa. La esperanza de construir un mundo más justo y más digno del hombre, no puede prescindir de la convicción de que nada valdrían los esfuerzos humanos si no fueran acompañados por la ayuda divina, porque “si el Señor no construye la casa, en vano se afanan los albañiles” (Sal 127, 1). Se trata de reconocer y recuperar con fidelidad creativa los valores fundamentales que el cristianismo ha contribuido de manera determinante a adquirir y que pueden sintetizarse en la afirmación de la dignidad trascendente de la persona humana, del valor de la razón, de la libertad, entendida como la capacidad de establecer vínculos y construir algo común¹⁰. Las civilizaciones pueden pasar y de hecho pasan, pero, como escribía San Agustín, “Dios es el más joven de todos”.

Necesitamos dar un salto cualitativo en la toma de conciencia de nuestra herencia espiritual. San Juan Pablo II, en la Exhortación Apostólica postsinodal, “Ecclesia in Europa”, sin dejar de constatar la existencia de numerosos signos preocupantes en nuestro continente, con la pérdida de la memoria y la herencia cristianas, no duda en testimoniar una vibrante llamada a la esperanza para que Europa no se resigne a modos de pensar y de vivir que no tienen futuro. La fe cristiana fundamenta la vida social sobre los principios tomados del Evangelio y su impronta se percibe en arte, la literatura, el pensamiento y la cultura, “pero esta herencia –escribe– no pertenece solamente al pasado, es un proyecto para el porvenir que se ha de transmitir a las generaciones futuras, puesto que es el cuño de la vida de las personas y los pueblos que han forjado juntos el continente europeo”¹¹.

¹⁰ San Juan Pablo II, Exh. ap. post., *Ecclesia in Europa*, n. 109.

¹¹ San Juan Pablo II, Exh. ap. post., *Ecclesia in Europa*, n. 120.

3. DAR RAZÓN DE NUESTRA ESPERANZA

Vivimos en una sociedad que presenta una visión deformada de la realidad: un mundo técnico donde todo funciona correctamente sin necesidad de formar personas buenas. La técnica decide qué es lo posible y correcto, la ideología se limita a escoger entre las posibilidades que ofrece la técnica. El pensamiento técnico no aporta ningún principio de organización, sino de operación: “Todo lo que puede hacerse debe ser hecho, así la ideología queda subordinada a cuestiones técnicas” (K. Lorenz). La salvación por la técnica convertida en absoluto, es la salvación del hombre por sí mismo.

La seguridad que necesitamos no puede venir de la técnica, ni de la ciencia, sólo puede brotar de la fuerza moral del hombre¹². En un cambio de época como en el que nos encontramos, con el riesgo de la fragmentación y disgregación en múltiples deseos, la fe aporta una orientación fundamental que da unidad a la existencia¹³.

Benedicto XVI¹⁴ insistió y así lo hace también el papa Francisco¹⁵, en que no podemos caer en la trampa del moralismo, no podemos permitir que nuestra fe se disuelva en discusiones sobre múltiples detalles, al contrario, hemos de tener siempre presente en primer lugar su grandeza: “El cristianismo no es obra de persuasión sino de grandeza”¹⁶, así se expresaba san Ignacio de Antioquía dirigiéndose a la Iglesia de Roma. Pero ¿de qué grandeza se trata? Ser cristiano no es el fruto de muchas discusiones sino del encuentro con Cristo, que abre un horizonte nuevo a la vida, la grandeza de la amistad con Cristo.

El papa Francisco en la primera encíclica de su pontificado, la *Lumen fidei*¹⁷, nos invitó a reflexionar sobre la fe como una luz que ilumina toda la existencia del hombre. Luz de una memoria fundante que nos precede y al mismo tiempo, luz que viene del futuro, y nos desvela nuevos horizontes. La fe “ve” en la medida en la que camina, es la roca firme sobre la que construir la vida. La fe no es estática, desde sus inicios bíblicos

¹² Benedicto XVI, Carta enc. *Spe salvi*, n. 26: “No es la ciencia la que redime al hombre. El hombre es redimido por el amor [...] El ser humano necesita un amor incondicionado [...] Si existe ese amor absoluto con su certeza absoluta, entonces –solo entonces– el hombre es redimido, suceda lo que suceda en su caso particular”.

¹³ Francisco, Carta enc. *Lumen fidei*, n. 13; Benedicto XVI, *Deus caritas est*, n. 39.

¹⁴ Benedicto XVI, *Discurso a los obispos de Suiza*, 9 de noviembre de 2006.

¹⁵ Francisco, exh. ap. *Evangelii gaudium*, 24: La Iglesia *en salida* es la comunidad de discípulos misioneros que primerean, que se involucran, que acompañan, que fructifican y festejan”.

¹⁶ Benedicto XVI, *Discurso a los obispos suizos* (9-11-2006), cita a san Ignacio de Antioquía, *Carta a los Romanos*, III, 3.

¹⁷ Cf. Francisco, Carta enc. *Lumen fidei* (29-06-2013), n. 54. Aunque el texto lo había dejado prácticamente terminado su predecesor. Se redacta con motivo del Año de la fe y completa las dos primeras de Benedicto XVI, la *Deus caritas est*, sobre la caridad, y la *Spe salvi*, sobre la esperanza.

aparece como respuesta a una llamada que nos hace ponernos en camino. Por eso la fe exige una continua conversión. La fe en cuanto camino es una práctica, se pone por obra. No es que uno cree y luego obra, ocurre más bien al contrario, “haz para que creas” (San Agustín).

La fe no es solo un camino, permite también comprender la arquitectura de las relaciones humanas, ilumina el arte de la edificación¹⁸, contribuyendo así al bien común¹⁹. Las tres moradas que el hombre edifica en su vida: el hogar, la ciudad y el templo significan la esfera de la intimidad, la de la sociabilidad y la de la trascendencia. La fe ilumina la vida en sociedad²⁰. El primer ámbito que la fe ilumina en la ciudad de los hombres es la familia. La familia está construida sobre un amor que es siempre más grande que ella, y que orienta hacia grandes horizontes desbordando los límites del hogar, por eso la familia tiene una importante misión social²¹. En la familia se transmite el lenguaje y, con él, los significados fundamentales que dan consistencia a los demás²², por eso tiene una fuerza anti ideológica muy grande²³.

La casa es fuente de apertura a la ciudad y al templo, pues en ella se aprende la socialización primera y, de este modo, la familia se abre y alimenta la sociedad. El hombre es libre no porque no tenga vínculos, sino al contrario, porque pertenece a una familia, a una comunidad que lo acoge y a la cual puede donarse. Es una libertad que construye la ciudad común no a partir del miedo al conflicto sino por el deseo de consolidar las relaciones entre las personas.

4. EL FUTURO PERTENECE A LAS MINORÍAS CREATIVAS

Según el historiador británico Toynbee, los cambios de civilización que determinan un nuevo paradigma social no los promueven las grandes masas, sino pequeñas minorías “creativas” capaces de generar un nuevo tejido social²⁴. Ratzinger, no duda en afirmar que “el destino de una sociedad depende siempre de las minorías creativas”²⁵. Minorías no porque se restrinjan a unos pocos sino porque se transmiten de persona a persona. Una minoría creativa puede ser pequeña pero no

¹⁸ Francisco, Carta enc. *Lumen fidei*, nn. 50-57.

¹⁹ Francisco, Carta enc. *Lumen fidei*, n. 51.

²⁰ Francisco, Carta enc. *Lumen fidei*, n. 55.

²¹ Cf. C.A., Anderson, J. Granados, *Llamados al amor. Teología del cuerpo en Juan Pablo II*, Monte Carmelo, Burgos 2011, 187 ss.

²² Cf. L. Melina (a cura di), *Il criterio della natura e il futuro della famiglia*, Cantagalli, Siena 2011.

²³ Como lo percibió ya Chesterton cuando escribió: G. K. Chesterton, *Lo que está mal en el mundo, Ciudadela*, Madrid 2006, cuya primera consideración es: “La falta del hogar del hombre”, pp. 14-64.

²⁴ Cf. J. Ratzinger, *Europa: raíces, identidad y misión*, Ciudad Nueva, Madrid 2007; L. Granados, I. de Ribera (eds.), *Minorías creativas. El fermento del cristianismo*, Monte Carmelo, Burgos 2012.

²⁵ Conferencia en el Senado de la República Italiana (13-05-2004).

sectaria, al contrario, se siente responsable de todos. Lo que la distingue de otro tipo de minorías es su capacidad para generar cultura, modos de vida, prácticas sociales. No son guetos en actitud defensiva, intentando preservar un modo de vida que ven amenazado, son capaces de asimilar en sí lo ajeno, y no de ser asimiladas por ello. Una minoría creativa es capaz de generar espacios y tiempos en los que arraiga algo nuevo.

No basta solo el testimonio de vida, es preciso crear espacios y tiempos (formas concretas de trabajo, ocio, oración, vida fraterna) en las que esas experiencias puedan ser vividas y regeneradas. Una minoría creativa es capaz de generar espacios, y modos de vivir el tiempo, es como un árbol que crece y en el cual pueden encontrar cobijo todos los pájaros. Desde la experiencia de la comunión es capaz de generar unas prácticas y unas instituciones a través de las cuales otras personas y grupos sociales pueden participar en los bienes y valores comunes. El tiempo de la minoría creativa es generativo, produce “más”, y despierta esperanza a partir de la memoria agradecida. Desde este punto de vista puede decirse, que el futuro pertenece solo a las minorías creativas.

No es un refugio ante las adversidades externas, ni pretende generar una burbuja protectora. Se trata más bien de una ayuda para penetrar en la sociedad y transformarla. Superando el peligro del repliegue, es una comunidad unida y abierta, en una dinámica de intimidad y trascendencia. Por tanto, una minoría creativa no es exclusiva o elitista sin afán de universalidad, ni se disuelve en el todo. La verdadera minoría creativa evita los extremos del gueto y del sincretismo: del búnker y la trinchera, por una parte, y de la confusión y el buenismo por otra.

Solemos pensar que a una minoría la caracterizan ideas, sentimientos religiosos... Y en cierto modo así es, sin embargo, constatamos que, teniendo las mismas formas de pensar y sentir, unas minorías mueren estériles o encerradas en sí mismas, mientras otras crecen y renuevan sus ambientes. No basta opinar, pensar e incluso sentir lo mismo. Lo que caracteriza a la minoría creativa es haber recibido un mismo don –una relación personal– y trabajar con empeño en edificarlo. Se vive una misma vida, se bebe de una misma fuente. Y esto se revela en las virtudes que se generan entre sus miembros y que se derraman hacia fuera por medio de prácticas.

No se trata solo de pensar de nuevo el mundo, ofreciendo ideas luminosas. El de una minoría es un pensamiento que se traduce en virtudes, es decir, en fuerza y energía. Es un vigor que transforma la sociedad no la aniquila. Se trata de una minoría creativa, no revolucionaria. La minoría creativa no produce la destrucción sino la renovación del presente. La

visión creativa, descubre la posibilidad de una sanación, de una renovación del mundo sin necesidad de destruirlo, es levadura, no dinamita.

Las minorías creativas se revelan fecundas transformando las costumbres sociales, salvaguardando la cultura y enriqueciéndola con música, teatro, prosa, poesía, cine..., haciendo posible la educación en tiempos de gran analfabetismo, creando hospitales, generando una economía justa, ofreciendo medios de comunicación respetuosos, una caridad integral que no sabe de mutilaciones.

Deseo mostrar algunos ejemplos que sirvan de ilustración del argumento de que no hay procesos históricos irreversibles, y del poder transformador que tienen las minorías creativas. La Biblia, la historia que, en mi infancia, llamábamos sagrada, está llena de sugerentes experiencias. La más emblemática, sin duda, es la de David y Goliat, narrada en el primer libro de los Reyes. No menos aleccionadora es la figura de Gedeón, el quinto de los jueces de Israel, que con 300 hombres venció a un ejército de 135 mil madianitas. Podría espigar más nombres e historias que servirían de prototipo a nuestro argumento pero, dado que la historia sagrada es espejo de nuestra propia historia, me propongo ahora referir algunos ejemplos contemporáneos.

4.1. La Asociación Católica de Propagandistas

El primero está muy relacionado con los organizadores de este Congreso. El P. Ángel Ayala, s.j., promovió entre sus congregantes marianos, a principios del siglo XX, una minoría creativa²⁶ para poder desarrollar un fecundo apostolado en la vida pública, dando lugar a la Asociación Católica de Propagandistas. Dicha minoría, impulsada por el Siervo de Dios, Ángel Herrera Oria, fue capaz de movilizar a la opinión pública mediante campañas y mítines, logró el florecimiento de la Acción Católica en España, fundó sindicatos católicos, estructuró y movilizó a los estudiantes católicos, lideró la prensa de la España republicana con “El Debate”, fundó toda una red de periódicos con la Editorial Católica, la Biblioteca de Autores Cristianos, inició Cáritas en España, y desarrolló una obra educativa de la que hoy forman parte cuatro universidades, varios colegios y otras tantas escuelas. Y desde hace un año, influye de nuevo en la opinión pública a través de “El Debate”, ahora convertido en un moderno periódico digital,

²⁶ P. Ángel Ayala: “Educar selectos es el problema fundamental del mundo. Si un pueblo tiene buenos gobernantes, será un gran pueblo. Si un ejército tiene grandes generales, se cubrirá de gloria. Una obra cualquiera será lo que sea quien la dirija” (*Formación de selectos*). El P. Ángel Ayala hablaba de “minoría selecta”. Se trata de formar personas con un espíritu audaz y servicial que no busquen en la Iglesia un refugio frente a los problemas del mundo, sino el fuego que los impulse a salir generosamente en servicio del bien común.

ofrece información veraz y unos principios cristianos, y supera ya los siete millones de lectores al mes.

4.2. El sindicato Solidaridad

El segundo es muy conocido, el 9 de noviembre se cumplieron 34 años de la caída del muro de Berlín en 1989. Este acontecimiento fue detonante de un proceso que concluyó con la disolución de la Unión Soviética en 1991, sin derramamiento de sangre. Hoy sabemos el papel decisivo que en este proceso extraordinario tuvo el sindicato polaco Solidaridad, fundado en 1980 por Lech Wałsa.

Todo empezó con la visita del papa polaco a su tierra, cumpliendo un deseo que era a la vez suyo y de su predecesor, el papa Pablo VI, el cual intentó sin éxito visitar la nación en el milenio de su bautismo, en el año 966. La visita de Juan Pablo II a su tierra natal comenzó el 2 de junio en la plaza de la Victoria de Varsovia con una Eucaristía. Era la vigilia de Pentecostés y después de una homilía intensa que merece la pena ser releída por la luz que arroja sobre la teología de la historia, el papa concluyó: “Y grito, yo, hijo de la tierra polaca, y al mismo tiempo yo: Juan Pablo II, papa, grito desde lo más profundo de este milenio, grito en la vigilia de Pentecostés: ¡Descienda tu Espíritu! ¡Descienda tu Espíritu! ¡Y renueva la faz de la tierra! ¡De esta tierra! Amén”.

Las palabras del Papa en aquella misa memorable produjeron un efecto formidable y se convirtieron misteriosamente en punto de inflexión de un movimiento que llevó en última instancia a finiquitar los regímenes totalitarios comunistas que existían en Europa del Este. Confiesa Lech Wałsa: “a partir de ese día fuimos testimonio y protagonistas juntos de la fuerza inquebrantable de la fe: pese a cincuenta años de comunismo en Polonia, un pueblo entero participaba en los encuentros del papa, un pueblo entero comenzó a rezar y esperar”. Y concluye: “Sin el papa Wojtyła no habría habido la experiencia de “Solidaridad”, aquella experiencia única y tan potente de solidaridad de los hombres en lucha pacífica por la libertad”.

4.3. El Tribunal Supremo de los Estados Unidos anula la sentencia Roe vs. Wade

El 24 de junio de 2022, el Tribunal Supremo de los Estados Unidos anuló la histórica sentencia (conocida como ‘Roe vs. Wade’), que desde 1973 garantizaba el derecho al aborto. Esa victoria ha sido posible gracias a una minoría creativa que, desafiando la dictadura de lo políticamente correcto, apuesta por la defensa de la vida humana como primer pilar de la sociedad.

Es la mayor victoria legal provida conseguida en cualquier país occidental desde hace setenta años, cuando el aborto empezó a ser despenalizado primero, y luego afirmado como un derecho de la mujer. Estados Unidos se fundó sobre la verdad de que todos los hombres y mujeres son creados iguales, con derechos otorgados por Dios a la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad. Esta verdad fue gravemente negada por el fallo *Roe vs. Wade* de la Corte Suprema de los Estados Unidos, que legalizó y normalizó la supresión de vidas humanas inocentes.

El ejemplo de Estados Unidos es alentador y aleccionador. Lo que hemos vivido en junio no es más que el último capítulo del desafío provida a la sentencia *Roe vs. Wade* iniciado hace casi cinco décadas. El éxito no se debe solo al tesón sino también al uso de una estrategia inteligente a largo plazo, la misma que usaron en su día los defensores del matrimonio homosexual y el aborto. La idea era erosionar desde la base los razonamientos y valores sobre los que se asentaba la sentencia e ir introduciendo pequeñas modificaciones en el ordenamiento jurídico, en principio al margen del contexto del aborto.

En los 80 se centraron los activistas provida en la idea de instaurar el concepto de personalidad fetal. En los 90 buscaron vías para demostrar que la base de la sentencia relacionada con la salud y la igualdad de las mujeres era equivocada. El aborto dejaba profundas secuelas. Se buscó por tanto la manera de exigir que las mujeres tuvieran toda la información para poder decidir libremente. Además, trabajaron en introducir mejores estándares de seguridad en las clínicas: como consecuencia, los costes de las clínicas aumentaron y el número de abortos se redujo. El último asalto fue el cuestionamiento y descrédito progresivo de la noción de viabilidad, dado que en *Roe vs. Wade* el Tribunal declaró que la mujer puede abortar hasta que la vida del feto sea viable. Mostraron la falta de consenso social ni científico sobre una cuestión tan relevante como el derecho a la vida.

Tras este largo camino, una vez publicada la decisión del Tribunal Supremo, más de una docena de Estados prohibieron inmediatamente el aborto en sus territorios. Otros están en trance de aprobar leyes mucho más restrictivas que las actuales (la llamada ley del latido). Y así, una guerra que parecía totalmente perdida y un debate que se creía superado se ha convertido en un éxito que puede tener repercusiones mundiales. Esta experiencia nos muestra una vez más el poder de una minoría con convicción y liderazgo fuerte, capaz de una acción a largo plazo.

Como reconoció el mismo 24 de junio, fiesta del Corazón de Jesús, el arzobispo José H. Gómez de Los Ángeles, presidente de la Conferencia